

—Y mejores, que ayuden a los blancos. Aparte de que nos bastamos a nosotros mismos. Porque nos asiste Dios.

—Eso sí. Esta contienda es suya. En su nombre, es también de la Humanidad.

—Cierto. Salvaremos al mundo. Será España otra vez solar de redenciones.

—Aunque no volvamos a ver nuestra casita—prorrumpie la muchacha, con profética resignación.

—¿Qué importa un hogar solo—arguye el marido—, cuando se profana todo lo sagrado, se incendian templos y ciudades, se asesina a multitud de personas?

—¿Muchas, verdad?—inquire la esposa, estremecida—. Diariamente, en Madrid, ¿cuántas?

—Dicen que pasa del millar.

—¡Qué espanto!

El coloquio se entenece y apura en voz muy baja. Tiene algo de testamento y despedida. Se quiebra allí un hermoso camino entre los amantes.

Hay una suerte nueva, grandiosa y temible. Un mandato superior que obedecer.

Los dos inclinan la frente dóciles, intrépidos, y ella le pone al destino una anhelante condición:

—¡Con tal que vivas tú!

—Viviré...

Le interrumpe el llanto de un niño.

Corre María Luisa a nutrirle con su propia sustancia. Le mece y le arrulla. El nene ha vuelto a dormirse. La madre le contempla con beatitud y asombro, aún maravillada por el milagro de tener un hijo.

Y la divina sorpresa se le colma de incertidumbres: ¿Qué será de él? ¿Qué riesgos le esperan a su padre? Nada teme para sí, como si olvidara todos los peligros suyos que no tuvieran el nombre de Gabriel y este de José Antonio.

La madrecita acuesta al niño, rezando. Hay lágrimas en su oración. «¿Qué será de ellos?»—torna a pensar.

Inclinada sobre el ángel, tiene un aire infantil, delicadísimo. Así la sorprende Gabriel, que entra a decirle:

—Está amaneciendo...

A las siete vendrá el coche de la Embajada a buscarnos. Arréglalo todo para esa hora.

—¿Y tú?

—Yo también... Como no llevamos casi nada...

En el dormitorio matrimonial, hondo y amplio como un salón, se acomodan unos muebles recios y elegantes. Y en él, la cuna.

A su lado flota un pequeño equipaje a medio cerrar... y cerca, en un velador, se ha quedado al garete *La historia de bebé*, que dejó allí María Luisa para coger al niño.

Ella lo toma de nuevo, lo abre y consulta con la invencible tentación de retenerle. En sus páginas, casi todas inéditas, incitantes de sugerencias, se ha estrenado la primera fotografía de José Antonio de Latorre, la exactitud de su peso, la huella de su pie, el anuncio de su primera sonrisa.

Y, sobre todos los homenajes al chiquitín, el regalo de aquel padrino tantas veces ilustre, a quien la España amaneciente rinde un entrañable sentimiento de veneración.

—El conservar esta hoja no le puede hacer daño a él—supone la muchacha—; ser padrino de una criatura inocente, no es posible que se considere pecado.

—No—contesta Gabriel, que oye el soliloquio de la madrecita—. Si dejas aquí el libro no dañas a nadie. Yo no debo hacer otro tanto con sus cartas—alude como huyendo de pronunciar el nombre querido.

—¿Las quemaste?

—Sí.

Tiembla la casa al siniestro repique de las ametralladoras.

—Aquí no estamos bien—dice Latorre, consternado.

Empuja nervioso a su mujer y remolca la cuna hacia el interior del piso, donde la única sirvienta fiel del matrimonio les recibe desfavorida.

Los huecos exteriores, herméticamente cerrados, contribuyen a sostener las ele-



vadas temperaturas del agosto madrileño. Las luces, suprimidas en la mayoría de las lámparas, mantienen las habitaciones en una penumbra triste, como de vigilia en torno a un enfermo.

La muchacha suspira.

—¡Ay! Se me figura que velamos a un moribundo.

—No hables de la muerte—reprocha María Luisa amedrentada, trémula.

—Si es la casa la que se nos muere, señora: la estoy viendo agonizar—. Se duele Claudia, que ha cuidado con esmero y orgullo la bella instalación de los señores desde su boda. Y como se quedaba en Madrid con su familia añade, servicial:—Vendré siempre que pueda a ver si escondo alguna cosa, a ver si limpio y arreglo cada día un poco.

—Sin comprometerte: lo primero es vivir.

* * *

Algo amaina el temporal de la calle en esta amanecida que en los cielos es alegre y azul.

Gabriel ha vuelto a hundirse en su despacho. María Luisa conduce la cuna a su sitio habitual.

Entra por las rendijas de los balcones la claridad insinuante de la aurora, esos hilos de luz que se columpian en los dormitorios felices con las doradas promesas de mil júbilos.

La fugitiva, cada vez más dueña de sí, cierra dos ligeros cofres que contienen su escaso equipaje, hace la señal de la cruz sobre el empavesado bajel donde José Antonio duerme, casi desnudo, y busca a su marido.

Ya se deciden a entreabrir apenas las persianas. Ha salido el sol.

Sin ponerse de acuerdo, coinciden en el afán de recorrer la casa. Por más que se entornan las puertas y se juntan las cortinas, el sol castellano mide, a naciente, su poder con la tiebla de las estancias, y el matrimonio percibe con oculta pesadumbre los detalles más selectos de su nido. Cada mueble, cada perfil del ajuar, cada rincón amable, les invita y detiene, por un segundo, enamorados y llenos de amargura.

Todo queda intacto allí: alfombras, tapices, colgaduras, lienzos de firmas eminentes, cuanto iba a ser recogido antes de un veraneo que no llegó a realizarse, suspendido por el glorioso Alzamiento nacional.

Y todo permanece en su acostumbrado lugar, aunque tenga un extraño cariz enfermizo, una melancolía de presagio, aquel aire doliente que hace exclamar a la doncella:

—¡Se nos muere la casa!

Sorprende María Luisa en el salón la silueta de una preciosa escultura de la Virgen, siglo XVIII. Las manos orantes, excelente el estofado de la ropa, tostado el rostro por una pátina morena que le da un prestigio remoto y dulce; ceñidas las sienes por una corona emperatriz.

Se le escapa a ella una

exclamación lancinante:

—¡Ay, mi Virgencita!—Y le besa las manos a la efigie, unidas como las tiene en una plegaria inmortal.

Esta es la prenda que más quiere María Luisa de todas cuantas alhajas familiares fueron a enriquecer su dote de casada.

No se inmuta al despedirse de la vitrina, radiante de condecoraciones y vestigios ilustres. Pero desfallece aquí, delante de la talla, suave y menuda, que representa a la Madre de Dios.

—¡Si me la ultrajan!... ¡Si me la queman!...—teme, desolada.

Gabriel, persuasivo y clemente:

—No te pongas en lo peor. Acaso logremos protegerla... si salvamos la vida.

—¿Lo dudas?

—¡No, hija mía, no!

Por encima de las palabras, el acento del muchacho es tan vacilante, que la mujer se conturba en un trastorno enloquecido.